

INTRODUCCIÓN

Los materiales aquí contenidos se conciben como complemento de mi edición crítica del *Libro de Alexandre* (Madrid, Castalia [Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 28], 2007) (<http://www.castalia.es>). Estos y otros documentos complementarios pueden consultarse también en mi página electrónica personal (<http://webspersoais.usc.es/persoais/juan.casas/index.html>).

Se incluyen aquí transcripciones de todos los testimonios textuales manejados en la mencionada edición (los manuscritos O y P, y los fragmentos Med, B y γ [Ga, Gb y Gc]).

La transcripción se atiene a los siguientes criterios:

— En líneas generales, el sistema grafemático de los testigos es adaptado a los usos modernos. Así, la ese alta <ſ> se transcribe como <s>; la i larga <j> y la i alta <ı> se unifican en <j>; el alógrafo de erre similar a nuestra mayúscula se presenta como <r> en todos los contextos salvo en posición intervocálica, en donde es representado por <R>.

— Las grafías <ç> y <σ>, alógrafos de ese o de zeta, merecen un tratamiento especial a causa de su utilización en el ms. P. Excepto en este testigo, el uso de estos signos es fácilmente adaptable a nuestro sistema grafemático: <ç> equivale a zeta —así, en el ms. O—, por lo que lo transcribimos como <z>; <σ> tiene el valor de ese en el fragmento Ga y, de manera muy aislada, puede emplearse por zeta en el ms. O —así, *πρασο* (2146a), al lado del *prazo* dominante—, por lo cual es pertinente su transcripción como <s> o <z> de acuerdo con el resultado etimológico esperable. Pero nada de esto es aplicable al ms. P, pues su copista a menudo emplea indistintamente las grafías <s>, <z>, <ç> y <σ>, claro indicio de que su idiolecto se caracteriza por el seseo, especialmente en posición implosiva; estas circunstancias aconsejan mantener las grafías <ç> y <σ> en este códice.

— Las abreviaturas, como pauta, se resuelven en letra cursiva. En el caso de *om* /*e*, optamos por el desarrollo *omne*, pese a que P, muy ocasionalmente, y O, más a menudo, presentan también *ombre*. La resolución de <p!!> resulta especialmente problemática en el ms. O, en donde se emplea indistintamente para *pre* (*prender*, 82c) y *pri* (*primero*, 76a); por ello, adoptamos la solución predominante cuando la voz en cuestión es copiada sin abreviar. La ene con lineta se conserva cuando representa el fonema nasal palatal (ej.: *señor*), pero se desarrolla si vale por /n/ (ej.: *enna*). Hay ciertos casos dudosos en los que es preferible conservar sin desarrollo la marca de abreviatura, pues ésta podría ser mero signo expletivo, de entidad meramente caligráfica. Así, por simple hábito de escritura, los amanuenses por lo general copian *grañt*, en donde la <ñ> tiene el valor fónico de /n/; por ello, resulta imposible determinar si en *infañt* ocurre esto mismo —y estamos ante una voz apocopada— o, por el contrario, nos hallamos ante una abreviatura de *infante*, dado que en el ms. O confluyen las tres posibilidades gráficas (*infant*, *infante* e *infañt*). En ocasiones como ésta, optamos por conservar la lineta sin desarrollo. Aunque el contexto caligráfico no es exactamente el mismo, también mantenemos tal cual la lineta en formas como *cor* /*t*, *fuert* /*t* y *muert* /*t*, voces probablemente apocopadas en el original. Conservamos asimismo los números romanos, incluso cuando contienen marca de abreviatura (ejs.: *xx* /*x* o *xxx*^o).

— Si se mantienen los casos ambiguos, en cambio se eliminan las linetas sin duda expletivas —el caso de <ÿ> resulta especialmente habitual—. Con todo, por lo argumentado en el párrafo previo, conservamos el trazo expletivo de *grañt*, que condiciona la interpretación de formas como *infañt* en un mismo testimonio.

— Por su trazo inseguro o problemas de fijación en el soporte, algunas letras son difíciles de determinar, pues se confunden con grafías similares. Los casos más reiterados los representan <s> y <ç> y, en menor medida, <e> y <o>. En estas ocasiones, el subrayado de una letra marca su problemática identificación. En los casos extremos, en el ms. O hay unos cuantos pasajes en donde letras, palabras y hemistiquios enteros resultan ilegibles hoy, no tanto en tiempos de Sánchez (ed. 1782), Janer (ed. 1864) o incluso Willis (ed. 1934); por ello, en estos contextos nos acogemos a las interpretaciones de estos editores, subrayando el pasaje oscuro y marcando la procedencia de la lectura con la inicial del estudioso en letra volada —además de los tres editores mencionados, ocasionalmente remitimos también a Baist (1897) y Michael (1986).

— La separación de palabras sigue los usos modernos, salvo en casos especiales como *cadaúno*, tal y como se señalaba en los criterios ortográficos de nuestra edición, o amalgamas del tipo *enna* —pero, por estadio más evolucionado, *en a*— y *todolos* en el manuscrito O.

— Las mayúsculas de principio de verso de los testigos, en su caso, sólo se conservan en la palabra inicial de estrofa; en estos casos, si el testimonio presenta una letra capital de mayor tamaño, se registra tal particularidad incluso fuera del verso a. En cambio, el uso de mayúsculas en los nombres propios sigue el patrón moderno.

— Pese a la afirmación de Willis (ed. 1934: xxxii), los testigos del *Alexandre* presentan, en mayor o menor medida, signos de puntuación. En este sentido, P es el manuscrito más parco, pero en O se suele emplear el calderón para marcar el comienzo de estrofa y el punto para cerrar el verso, uso este último del que también se vale Med. En los fragmentos γ , en donde las cuadernas citadas se transcriben como prosa, es probable que el ascendiente emplease el punto para marcar los cortes versales, aunque la realidad de Ga, Gb y Gc se demuestra asistemática. Pero la transcripción precisa de la puntuación original de todos estos manuscritos es difícilmente viable, y no sólo por salirse aquélla de nuestras marcas convencionales (calderón, barra, punto y coma invertido, punto a media línea...), sino principalmente por los múltiples casos fronterizos en que es imposible distinguir dos puntos de un punto y coma o incluso de un solo punto, o el punto bajo de otro a media línea, y plasmar paleográficamente estas sutilezas. Salvo en el caso de B —impreso del s. XVII cuyos claros signos de puntuación sí transcribimos—, la única vía para reflejar cabalmente estos elementos es la edición facsimilar. En consecuencia, no se conservan los signos de puntuación de los testigos manuscritos, con una excepción reclamada por la métrica: los casos en que, en el ms. O y el fragmento Med, se emplean señales para marcar la cesura del verso. En estos contextos, en nuestra transcripción empleamos los dos puntos, como el copista de Med. En O, el amanuense empleó como base una marca similar a nuestro punto y coma, pero con sus dos elementos invertidos; sin embargo, por su ejecución caligráfica —probablemente de abajo a arriba—, sólo el punto inferior es claramente marcado, mientras que el movimiento para el trazo superior muchas veces no deja huella en el pergamino.

— A la derecha de cada estrofa, la primera cifra señala su orden en el testigo y, tras el corchete de apertura, el segundo número remite al orden de la cuaderna en nuestro texto crítico (ej.: 27 [28]). En el ms. O, un proceso de deturpación recurrente consiste en la fusión de cuadernas consecutivas; en estos casos, se segmentan las estrofas como en el texto crítico y se duplica el número de orden del testigo, la segunda vez complementado por la marca *bis* (ej.: 219 [240-219bis [241]).

— Las lagunas con respecto al texto crítico se marcan, en el interior de la estrofa, con una línea de puntos por verso; si la omisión afecta a una cuaderna entera o a un conjunto mayor, se incorpora una sola línea punteada, pero en el margen derecho la secuencia numérica señala el ámbito de la elisión. Por la particular constitución del fragmento γ , de número y orden estrófico único, pero de secuencia coherente, evitamos aquí el uso de puntos para marcar cuadernas omitidas, que, de aplicarse, sería constante; en todo caso, los números de la estrofa permiten deducir las lagunas.

— Se registran las marcas de errata y las tachaduras de los testigos, que a menudo aún permiten descifrar el segmento desechado. Las correcciones que los copistas introducen en letra volada las presentamos en superíndice.

— El manuscrito O resulta especialmente rico por sus complementos ornamentales y marginales, que por lo general consignamos o describimos entre corchetes. Se señala el lugar en donde el códice incluye iluminaciones —reproducidas en el seno de nuestra edición crítica—, con una breve descripción de los motivos representados. Con la precisión OTRA MANO:, introducimos los remarcados posteriores y los versos conjeturales que un individuo distinto del copista principal acuñó para rellenar estrofas con lagunas. En el margen derecho, recogemos o marcamos asimismo escolios, correcciones, manecillas, una señal romboide y marcas de permutación de versos, precedidos por la indicación correspondiente a cada caso (ej.: [ESCOLIO] sus padre & madre). En algún caso, el amanuense omitió la copia de un hemistiquio o de un verso entero conscientemente, pues dejó un espacio en blanco que, finalmente, nunca se llegó a cubrir, contextos que señalamos con la indicación BLANCO DE PÁGINA. Incluimos también los reclamos de cambio de cuaderno del códice.

Juan Casas Rigall

DE ALEXANDRO

BIBLIOTECA GONZALO DE BERCEO